

reconociere el trabajo del pan, como el deber indispensable, todos los individuos se alimentarían desde entonces con su trabajo, se unirían en la misma creencia en Dios, en el amor de los unos para los otros, y harían desaparecer la pobreza que sufren la mayor parte.

Estamos de tal manera acostumbrados al estado de cosas que admite todo lo contrario, a saber: que la riqueza y el medio de no trabajar el pan es un don de Dios, y la más elevada posición social a que podemos aspirar; estamos, digo, de tal modo acostumbrados a este estado de cosas, que no queremos examinarle minuciosamente y reconocer que es incompleto, injusto e inconcebible.

Es, pues, necesario analizar con escrúpulo este estado de cosas y preguntarnos si es justo.

Hay sobre este punto teorías religiosas y políticas para todos los gustos. Juzguemos las teorías de Bondareff entre tantas teorías.

Veamos lo que sucederá si siguiendo los deseos de Bondareff, los sacerdotes se esfuerzan en sus sermones por explicar el primer mandamiento, y si todos los hombres reconocen la santa y primitiva ley relativa al trabajo. ¿Qué sucederá?

Todo el mundo trabajará y comerá el pan de su trabajo, y el pan que, repitámoslo una vez más, es un artículo de primera necesidad, no será comprado ni vendido.

¿Qué resultará? Que nadie morirá de hambre. Si un hombre no gana lo bastante para mantenerse él y su familia, su vecino vendrá en su ayuda, le ayudará, porque no sabría emplear de otro modo productos que no se venden. De ahí podría desprenderse que el hombre no tendrá tentaciones, que no experimentará la necesidad de adquirir por el engaño o por la violencia el pan que él no podría procurarse de otro modo.

Y no existiendo ya las tentaciones no emplearía ni la violencia ni el engaño. Estos medios no le serían necesarios como son en la actualidad y si empleara la violencia y el engaño, sería porque gustare de ello y no por necesidad como ahora.

Los débiles, los que no tienen la fuerza para ganarse el pan, o que la han perdido por una razón cualquiera, no tendrán ya necesidad de venderse, de vender su trabajo, y alguna vez hasta su alma para obtener el pan.

Nadie se esforzará ya, como ahora, en desembarazarse del trabajo del pan y echarlo sobre otro; no se procurará ya aplastar a los débiles con el trabajo y evitar a los poderosos toda especie de labor. No se podrá comprobar en los hombres esa disposición que les hace emplear todas las fuerzas intelectuales en facilitar, no el trabajo de los trabajadores, sino la pereza de los perezosos.

Tomando parte en el trabajo del pan, y reconociéndolo como la principal de las ocupaciones humanas, se hará lo que haría el hombre, que en presencia de un carruaje conducido por locos, con